

Versión de Borges

Empezaré por declarar, melancólicamente, que nunca se me ocurrió llevar un diario de nuestros encuentros. Ya difundido el bendito grabador, no se me ocurrió coleccionar entrevistas. Estas ausencias se deben a que en esa época, me atrevo a señalar – no sólo yo, sino casi todos –, tomábamos a Borges “con naturalidad” (pero en algunos estimulaba la envidia y hasta el fastidio, y especialmente el encono entre izquierdistas y nacionalistas). Esto ocurría hacia los años 48 o 49. Pensar en medio siglo de distancia me lleva a invocar la nostalgia de un tiempo de reunión de náufragos en una época de dolorosos contrastes, en un país dividido en dos bandos que todavía hoy relatan nuestra historia fuera de contexto.

Dejo esto y ahora contemplo a un Borges posado en mi escritorio: es la imagen detenida por Grete Stern en 1951. Está sentado, se inclina suavemente hacia delante con los antebrazos apoyados en las piernas, sostiene con la punta de los dedos unos anteojos rodeados por un marco oscuro (todavía lo ayudaban). Un comienzo de sonrisa, la mirada secreta se aleja – acaso imagina–, las mejillas rellenas, lejos de la expresión tensa, casi mármorea, que tendrá más tarde; estoy describiendo al ser que conocí, no al mítico.

Se han susurrado, escrito, hasta plagiado, lugares comunes, que dibujan un falso paisaje de Borges. Felizmente se han rescatado diálogos suyos de asombrosa lucidez, documentales, un frondoso material iconográfico, publicaciones periodísticas dispersas; felizmente existen obsesivos coleccionistas de manuscritos, de primeras ediciones... Todo esto me ha perturbado en el momento de recobrar, desde el caótico territorio de los recuerdos, mi versión de Borges para un pequeño libro de homenaje agradecido y para esta recordación.

En distintas oportunidades he relatado cómo llegó una tarde a nuestra casa en compañía de su gran fervor de aquellos días (se sabe que era muy enamorado), Margarita Guerrero, inventora del primer encuentro más desconcertante de mi vida. Llegó con su hablar entrecortado, con su voz penumbrosa, con su calmo andar, con su modo de extender una mano frágil, casi distraída. Estaba ante un hombre cordial, sonriente, que instalaba un clima extraño, un malestar, casi una incomodidad, pero Margot, empecinada en que fuéramos amigos, nos ayudó a sortear el fracaso. Ya más tranquilo, arreciaron el insólito humor de Borges, sus ocurrencias, anécdotas, aluvión de citas, sus impetuosas carcajadas junto con un pañuelo arrugado que aparecía inesperadamente para ocultar su boca. Habíamos iniciado una amistad venturosa.

Eran momentos de perder: habíamos quedado huérfanos de cargos y paradójicamente, los escritores éramos muy prósperos en tiempo, amistad y diálogos. Mis antecedentes “delictivos” llevaron a Borges a ofrecerme – dijo – una “corona de espinas”: integrar la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina de Escritores, poco frecuentada en aquella época por las posibles secuelas. Nuestras declaraciones adversas merecieron un vigilante – finalmente entusiasta de las conferencias – encargado de informar sobre nuestras hazañas culturales hasta que llegó la clausura de la SADE. Fantasmas de inolvidables encuentros quedaron en

Versión de Borges

aquella acogedora casona de la calle México, intacta sólo en la memoria de los sobrevivientes.

Es el tiempo de escribir *La Imagen Perdida*, un ballet hablado. Escribíamos casi todas las tardes. Borges llegaba y cumplía varios rituales: llamar a “Madre” para decirle en donde estaba, jugar con nuestro reloj de arena que se encontraba sobre una cómoda colonial en donde fue dejando, casi en forma anónima, los seis tomos de “Las Mil y una Noches”, en alemán, primorosamente encuadernados, anotados con su pequeñísima letra, todavía legible; del mismo modo aparecieron otros libros con amistosas dedicatorias. Más tarde, Gerardo y yo le regalamos un reloj de arena tras buscarlo con obstinación, porque no era fácil de encontrar.

Siempre llegaba a nuestra casa con gran entusiasmo, dispuesto a trabajar, y me preguntaba –¿ Qué ha sabido de Gaist? Se trataba de nuestro personaje principal, un hombre común que había descubierto cómo volverse invisible, esto lo había convertido en un instrumento político (inspirado en la risible investigación atómica de la isla Huemul). Las derivaciones del tema nos permitían satirizar el lenguaje de los funcionarios, los lugares comunes, la oratoria de entonces – con variantes llega a nuestros días cada vez más enriquecida y violenta –. Era un tiempo plagado de risas y anécdotas. Habíamos compartido episodios que pasaron a formar parte del prólogo de todo encuentro a través de los años, un diálogo extravagante y burlón sólo para iniciados.

En pleno ballet, Borges empieza a dar conferencias en la Asociación de Cultura Inglesa; con ese motivo decidimos traducir al inglés las típicas vacilaciones y nuestro “esté...” se convirtió en una “oe...”prolongada y sus variantes, en las que nos ejercitamos durante años. A esto se agregó el arte de las citas (las “quotations”) que Borges manejaba con tanta sutileza junto con el arte de sorprender, sin la afectación de los menesterosos que buscan ansiosamente lucirse y que nos divertía parodiar. Pero la gran prueba asomó en el momento de pronunciar conferencias en el colegio Libre de Estudios Superiores: había que vencer los tropiezos con las palabras y la timidez. Para entonarse, una breve “caña” en el Bar Fénix, que estaba junto al almacén, hoy único sobreviviente, servía de preámbulo a cada disertación.

Entretanto trabajábamos en “La imagen perdida”, que respondía a mis deseos de escribir un ballet hablado. Hoy esto no sorprende a nadie, dadas las innovaciones constantes que acompañan a la danza de nuestros días, pero entonces era algo nuevo. A Margot se le ocurrió que lo escribiéramos Borges y yo para Ana Itelman con quien ella bailaba. El ballet nos deparó días de felicidad y de acopio de numerosas bromas. Borges solía repetir algunas historias, ocurrencias o mecanismos divertidos, sospecho que para perfeccionarlos. Le gustaba escandalizar como cuando sostenía que su madre de joven era muy fea pero con los años había mejorado y hasta se había vuelto linda. La gracia de su humor residía no sólo en la forma de expresarse sino también en la pronunciación y en los tonos de voz. Había que ser cauteloso porque era sobrador y socarrón, solía tender trampas a quienes no lo conocían y aun a los colegas que repetían alborotados sus

Versión de Borges

ocurrencias a veces crueles, esto le engendró tremendos malentendidos que en alguna ocasión presencié, mientras el niño terrible se divertía y fingía sorprenderse. Así, cierta cálida noche, a los postres, durante una comida en el acogedor patio de la SADE, este hombre que recordaba poemas admirables y era capaz de citar en su totalidad los más caricaturescos, sentado a mi lado, con voz que suponía confidencial, me preguntó si conocía “Intención Naval” y entusiasmado empezó a declamar unos ridículos versos mientras en la mesa se instalaba un helado pánico: frente a nosotros estaba sentado el autor, un agregado cultural de cierta embajada de nuestra América, que solía agasajar generosamente a muchos de los presentes. Borges ya veía poco pero sintió en la piel que el clima había cambiado. Mújica Lainez rápidamente invitó a tomar el café en la biblioteca. Al levantarnos, mi compañero de mesa me tomó el brazo desesperado y me preguntó si había ocurrido algo, al enterarse quedó espantado, pero nadie me creyó que ignorase la presencia del diplomático y a los pocos días hubo un acto de desagravio. Durante años, Borges continuó recitando con énfasis este famoso poema que figuraba en la absurda antología de poemas grotescos que le gustaba repetir.

Mientras seguíamos con el ballet, el incorregible Borges inventó otra de sus diabluras: envió a “Adolfito y Silvina”, a Mar del Plata, unas *coplillas* que llamaba *Animosos*. Al pasar varios días, una tarde llegó a casa alarmado y me dijo que seguramente las habían tomado en serio porque no había recibido ninguna respuesta. Solía recitarlas con tono altisonante y un acento que pretendía imitar a Alfonso Reyes. Años más tarde le propuse publicarlas en una antología del humor poético (1), que me habían encargado, y aceptó feliz: me dictó trece **animosos**, transcribo dos (los caracteres en negrita me fueron sugeridos por el propio Borges quien al recitar ponía énfasis en la palabra y estallaba en carcajadas estruendosas):

XII

Te daré muerte de plomo.
O de no, muerte de acero:
Una, clavada en el lomo:
Otra, con el **revolvero**.

XIII

Encabezando la tropa
Soy bizarro monigote:
Desfilo y dice la gente:
¡Aquí hay hombre!
¡Aquí hay **bigote!**

Versión de Borges

Al pie de página Borges explicaba el “origen” de los animosos (acaso esto desconcertó a los Bioy), la nota decía: “Estas coplillas corresponden a la época, legendaria ya, de las Parcialidades Incruentas. A diferencia de otras colecciones apócrifas de suyo, el ramillete popular que brindamos al público argentino tiene el tufillo inimitable de la marisma. Acaso arrebatado por su entusiasmo, nos escribe un folklórico: ”No ha muerto el **animoso**, me atrevo a sospechar que sigue contando, en los más agrestes bohíos, con la tolerancia de los oyentes.”

Ramillete, tufillo, marisma, pero sobre todo “un folklórico” y “agrestes bohíos” le resultaban hilarantes.

Siempre me asombró la capacidad de Borges de pasar del placer de las citas, del pensamiento metafísico, al universo cotidiano y viceversa, siempre con su lenguaje inesperado. En una reunión le dice a mi marido –¿Por qué estamos hablando de pie como si no se hubiesen inventado las sillas? O al salir al palier de nuestra casa y encontrarse con una temperatura anterior, más cálida, exclama con exageración:

–¡Pero esto es un museo térmico!

Nuestro ballet todavía permanece inédito; quizás algún día alguien se atreva a materializarlo.

Quiero rescatar su generosidad y sencillez. En 1954 un grupo de estudiantes de La Plata, de distintas carreras, creó la “Cátedra de Enseñanza Libre” en donde hablaron Borges, Fatone, Francisco y José Luis Romero, y otros, y entre los jóvenes –seguramente por indicación de Borges– hablamos César Fernández Moreno y yo, y creo que varios más. Se trataba de dar un cursillo durante un mes. Y una vez por semana viajábamos con Borges, Margot, y algunos amigos a La Plata. Borges, sentado entre los estudiantes, seguía atentamente la clase y muy aplicado leía, como todos, las páginas mimeografiadas de los poemas en francés que yo había traducido para hablar de Michaux, Artaud, Cocteau y otros poetas contemporáneos. Podría relatar muchos gestos que describen su sencillez y generosidad.

Pero no todo era fácil, discutíamos tercamente nuestras predilecciones literarias. Sobre todo en tiempos de nuestro trabajo sobre Lugones. Su Víctor Hugo no era el mío, por ejemplo; me fue imposible comprender su pasión por Toulet, todavía hoy sospecho que fue una invención compartida con Bioy. Estas discusiones se renovaban, provocadas por Borges, cada vez que nos encontrábamos, formaban parte del arte de la provocación que cultivaba hasta con “Madre”, acostumbrada a escandalizarse. La provocación era otro de sus divertidos rituales.

He tenido la suerte de conocer seres excepcionales, pero entre ellos resplandece Borges. Haberlo conocido, haber dialogado, haber discrepado, haber compartido sus alegrías y sus penas, “a mí se me hace cuento”. Pero guardo algunos orgullos: haberle regalado una palabra (légamo) para “La Secta del Fénix”; ante su impaciencia por asomarse a la primera traducción de “Ficciones”,

Versión de Borges

haberle hecho venir de Francia, por avión, el libro y haber contemplado su regocijo. En una ocasión memorable, a pedido de “Madre”, también haber contribuido a que mi amigo, el destacado historiador Alberto Salas, a cargo entonces del decanato de la Facultad de Filosofía y Letras, le ofreciera su ansiada cátedra de Literatura Inglesa, una gestión sencilla por tratarse de Jorge Luis Borges.

Betina EDELBERG

desde Buenos Aires

para el 1er Congreso de la Sociedad mundial de Amigos de Jorge Luis Borges

Can Mossenya, Mallorca desde el 23 de Agosto de 2001